

# LA NECESIDAD Y LOS BENEFICIOS DE LA SOCIEDAD RELIGIOSA

## Sermón No.8

Traducción: estudialapalabra.org

***“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto.”***  
***Eclesiastés 4:9.12***

Entre las muchas razones imputables a la triste decadencia del verdadero cristianismo, tal vez el descuido de reunirnos en sociedades religiosas no sea una de las menores. Por lo tanto, para que pueda esforzarme por promover un medio tan excelente de piedad, he seleccionado un pasaje de las Escrituras extraído de la experiencia de los hombres más sabios, que, al ser un poco ampliado e ilustrado, responderá plenamente a mi presente diseño; siendo mostrar, de la mejor manera posible, la necesidad y los beneficios de la sociedad en general, y de la sociedad religiosa en particular.

“Dos son mejores que uno”

De cuyas palabras aprovecharé la ocasión para probar,

Primero, La verdad de la afirmación del sabio, "Dos son mejores que uno", y eso en referencia a la sociedad en general, y la sociedad religiosa en particular.

En segundo lugar, asignar algunas razones por las que dos son mejores que uno, especialmente en cuanto al último punto:

1. Porque los hombres pueden levantarse unos a otros cuando tienen la ocasión de resbalar: "Porque si caen, el uno levantará a su compañero". 2. Porque pueden impartirse calor entre sí: "Además, si esto dos se acuestan juntos, entonces tienen calor, pero, ¿cómo puede calentarse uno solo?" 3. Porque pueden protegerse mutuamente de aquellos que se les oponen: "Y si uno prevalece contra él, dos lo resistirán; y la cuerda de tres dobleces no se rompe pronto."

Por lo tanto, en tercer lugar, aprovecharé la ocasión para mostrar el deber que incumbe a todo miembro de una sociedad religiosa.

Y, en cuarto lugar, sacaré una o dos inferencias de lo que pueda decirse; y luego concluir con una o dos palabras de exhortación.

Primero, debo probar la verdad de la afirmación del sabio, que "dos son mejores que uno", y eso en referencia a la sociedad en general, y a las sociedades religiosas en particular. ¿Y cómo se puede hacer esto mejor que mostrando que es absolutamente necesario para el bienestar tanto de los cuerpos como de las almas de los hombres? De hecho, si miramos al hombre tal como salió de las manos de su Hacedor, lo imaginamos perfecto, completo, sin que nada le falte. Pero Dios, cuyos pensamientos no son como los nuestros, vio que aún faltaba algo para hacer feliz a Adán. ¿Y qué era eso? una ayuda adecuada para él, porque así dice la Escritura: "Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo, le haré ayuda idónea".

Observe, Dios dijo: "No es bueno", lo que implica que la creación habría sido imperfecta, de alguna manera, a menos que se encontrara una ayuda idónea para Adán. Y si este fuera el caso del hombre antes de la caída; si una ayuda le era idónea en un estado de perfección; ciertamente desde la caída, cuando salimos desnudos e indefensos del vientre de nuestra madre, cuando nuestras necesidades aumentan con nuestros años, y apenas podemos subsistir un día sin la ayuda mutua, bien podemos decir: "No es bueno que el hombre esté solo".

Entonces, vemos que la sociedad es absolutamente necesaria con respecto a nuestras necesidades corporales y personales. Si llevamos nuestro punto de vista más lejos y consideramos a la humanidad dividida en diferentes ciudades, países y naciones, su necesidad aparecerá aún más evidente. Porque, ¿cómo se pueden mantener las comunidades o llevar a cabo el comercio sin la sociedad? Desde luego que no, ya que la providencia parece sabiamente haber asignado un producto particular a casi cada país en particular, a propósito, por así decirlo, para obligarnos a ser sociales; y ha mezclado tan admirablemente las partes del cuerpo entero de la humanidad, "que el ojo no puede decir a la mano: no te necesito; ni otra vez, la mano al pie, no tengo necesidad de ti."

Se podrían dar muchos otros ejemplos de la necesidad de la sociedad, en referencia a nuestras necesidades corporales, personales y nacionales. Pero ¿qué es todo esto cuando se pesa en la balanza del santuario, en comparación con la necesidad infinitamente mayor de él, con respecto al alma? Fue principalmente con respecto a esta mejor parte, sin duda, que Dios dijo: "No es bueno que el hombre esté solo". Pues supongamos que Adán sea tan feliz como sea posible, puesto como señor de la creación en el paraíso de Dios, y pasando todas sus horas en adorar y alabar al bendito Autor de su ser; pero como su alma era la copia misma de la naturaleza divina, cuya peculiar propiedad es ser comunicativa, sin la divina toda suficiencia no podría ser completamente feliz, porque estaba solo e incomunicado, ni siquiera contento en el paraíso, por falta de un compañero en sus alegrías.

Dios sabía esto, y por eso dijo: "No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda idónea para él". Y aunque esto resultó ser un medio fatal de su caída; sin embargo, eso no se debió a ninguna consecuencia natural de la sociedad; sino en parte a ese apóstata maldito, que astutamente acecha para engañar; en parte a la propia locura de Adán, que prefirió ser miserable con el que amaba, que confiar en Dios para que le levantara otra esposa.

Si reflexionamos en efecto sobre esa relación familiar, nuestro primer padre pudo continuar con el cielo, en un estado de inocencia, seremos propensos a pensar que tenía tan poca necesidad de la sociedad, en cuanto a su alma, como antes suponíamos que la tenía, con respecto a su cuerpo. Sin embargo, como Dios y los santos ángeles estaban tan por encima de él, por un lado, y las bestias tan por debajo de él por el otro, no había nada como tener con quien conversar, que fuera "hueso de sus huesos y carne". de su carne."

El hombre, pues, no podría ser plenamente feliz, vemos, ni siquiera en el paraíso, sin un compañero de su propia especie, y mucho menos ahora que está expulsado. Porque, veámoslo un poco en su estado natural ahora, desde la caída, como "teniendo el entendimiento entenebrecido, la mente alejada de la vida de Dios"; como tan incapaz de ver el camino por donde debe ir, como un ciego para describir el sol, que no obstante esto, debe recobrar la vista antes de que pueda ver a Dios, y que, si nunca lo ve, nunca puede ser feliz.

Veámoslo en esta luz (o más bien que en la oscuridad) y neguemos la necesidad de la sociedad si podemos. Una revelación divina que encontramos es absolutamente necesaria, siendo por naturaleza tan incapaces de saber cómo somos para cumplir con nuestro deber. ¿Y cómo aprenderemos si uno no nos enseña? Pero si Dios hiciera esto por sí mismo, ¿cómo deberíamos nosotros, sino con Moisés, temblar y temer en extremo? Tampoco el ministerio de los ángeles en este asunto sería sin demasiado terror. Es necesario, por lo tanto (al menos el trato de Dios con nosotros ha demostrado que es así) que seamos atraídos con cuerdas de hombre. Y que siendo concedida una revelación divina, debemos ayudarnos unos a otros, bajo Dios, para instruirnos unos a otros en el conocimiento, y exhortarnos unos a otros a la práctica de aquellas cosas que pertenecen a nuestra paz eterna. Este es indudablemente el gran fin de la sociedad previsto por Dios desde la caída, y es un fuerte argumento por el que "dos son mejores que uno", y por el que no debemos "dejar de congregarnos".

Pero, además, considerémonos cristianos, teniendo este velo natural, en alguna medida, quitado de nuestros ojos por la asistencia del Espíritu Santo de Dios, y así capacitados para ver lo que él requiere de nosotros. Supongamos que en algún grado hemos gustado la buena palabra de vida, y que hemos sentido los poderes del mundo venidero, influenciando y moldeando nuestras almas en un marco religioso; estar plena y sinceramente convencidos de que somos soldados levantados bajo el estandarte de Cristo, y haber proclamado guerra abierta en nuestro bautismo, contra el mundo, la carne y el diablo;

y, tal vez, hemos renovado con frecuencia nuestras obligaciones de hacerlo al participar de la cena del Señor, que estamos rodeados de millones de enemigos en el exterior e infectados con una legión de enemigos en el interior; que se nos ordena brillar como luces en el mundo en medio de una generación torcida y perversa; que estamos viajando hacia una larga eternidad, y necesitamos todas las ayudas imaginables para mostrarnos y alentarnos en nuestro camino hacia allí. Reflexionemos, digo, sobre todo esto, y entonces, ¿cómo clamaremos cada uno de nosotros, hermanos, cuán necesario es reunirse en sociedades religiosas?

Los cristianos primitivos eran plenamente conscientes de esto, y por eso los encontramos continuamente en comunión unos con otros, porque ¿qué dice la Escritura? Continuaron firmemente en la doctrina y comunión del apóstol, Hechos 2:42. Pedro y Juan apenas fueron despedidos por el gran consejo, se apresuraron a ir con sus compañeros. "Y puestos en libertad, volvieron a los suyos, y les contaron todas estas cosas que les había dicho el sumo sacerdote," Hechos 4:23.

Pablo, tan pronto como se convirtió, "se quedó tres días con los discípulos que estaban en Damasco". Hechos 9:19. Y Pedro después, cuando sale de la cárcel, va inmediatamente a la casa de María, donde había "grandes multitudes reunidas orando", Hechos 12:12. Y se informa de los cristianos en épocas posteriores, que solían reunirse antes del amanecer para cantar un salmo a Cristo como Dios. Tan preciosa era la Comunión de los Santos en aquellos días.

Si se pregunta, ¿qué ventajas obtendremos ahora con tal proceder? Respondo, mucho en todos los sentidos. "Dos son mejores que uno, porque tienen una buena recompensa por su trabajo; porque si caen, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del que está solo cuando cae, porque no tiene otro que lo ayude a levantarse! Además, si dos se acuestan juntos, tienen calor; pero ¿cómo puede uno estar caliente solo? Y si uno prevaleciere contra él, dos le resistirán; y la cuerda de tres dobleces no se rompe pronto".

Lo que me lleva directamente a mi Segundo encabezado general, bajo el cual iba a asignar algunas razones de por qué "dos son mejores que uno", especialmente en la Sociedad Religiosa.

1. Como el hombre en su condición presente no siempre puede mantenerse erguido, sino que debido a la fragilidad de su naturaleza no puede sino caer; una razón eminente por la que dos son mejores que uno, o, en otras palabras, una gran ventaja de la sociedad religiosa es que, cuando caen, el uno levanta al prójimo.

Y esta es una excelente razón, ciertamente. Porque, ¡ay! Cuando reflexionamos en lo propensos que somos a caer en el error en nuestros juicios y en el vicio en nuestra práctica; y cuán incapaces, al menos cuán poco dispuestos, a examinar o corregir nuestros propios errores; cuando consideramos cuán apto es el mundo para halagarnos en nuestras faltas, y cuán pocos son tan amables como para decirnos la verdad; qué privilegio inestimable debe ser tener un grupo de amigos verdaderos, juiciosos y sinceros a nuestro alrededor, que velan continuamente por nuestras almas, para informarnos dónde hemos caído y advertirnos que no caeremos de nuevo en el futuro. Seguramente es tal privilegio, que (para usar las palabras de un cristiano eminente) nunca sabremos el valor del mismo, hasta que lleguemos a la gloria.

Pero esto no es todo; porque suponiendo que siempre pudiéramos permanecer erguidos, cualquiera que reflexione sobre las dificultades de la religión en general, y su propia propensión a la tibieza y la indiferencia en particular, encontrará que debe ser celoso además de constante, si alguna vez espera entrar en el Reino de los cielos.

Aquí, pues, el sabio nos señala otra excelente razón por la que dos son mejores que uno. "Además, si dos se acuestan juntos, entonces tienen calor; pero ¿cómo puede uno calentarse solo? Que era lo siguiente a considerar:

2. Una segunda razón por la que dos son mejores que uno es porque pueden impartirse calor entre sí. Es una observación no menos cierta que común, que los carbones encendidos, si se colocan separados, pronto se apagan, pero si se amontonan, se avivan y encienden unos a otros, y proporcionan un calor duradero. Lo mismo será válido en el caso que ahora nos ocupa. Si los cristianos, encendidos por la gracia de Dios, se unen, se vivificarán y animarán unos a otros; pero si se separan y se mantienen separados, no es de extrañar que pronto se enfríen o se vuelvan tibios. Si dos o tres se reúnen en el nombre de Cristo, tendrán calor, pero ¿cómo se calentará uno solo?

Observa: "¿Cómo puede uno calentarse solo?" El que el sabio se exprese a modo de pregunta, implica una imposibilidad, por lo menos una dificultad muy grande, de calentarse en la religión sin compañía, donde se pueda tener. He aquí, pues, otro excelente beneficio que emana de la sociedad religiosa; nos mantendrá celosos, así como firmes, en el camino de la piedad.

Pero para ilustrar esto un poco más con una comparación o dos. Mirémonos a nosotros mismos (como se insinuó anteriormente) como soldados listados bajo el estandarte de Cristo; como salir con "diez mil, al encuentro de uno que viene contra nosotros con veinte mil"; como personas que han de "luchar no sólo contra sangre y carne, sino también contra principados, contra potestades y huestes espirituales de maldad en las regiones celestes".

Y luego decidme, todos los que teméis a Dios, si no es un privilegio inestimable tener una compañía de compañeros soldados continuamente a nuestro alrededor, animándonos y exhortándonos unos a otros a mantenernos firmes, a mantener nuestras filas y a seguir con valentía al capitán. de nuestra salvación, ¿aunque sea a través de un mar de sangre?

Considerémonos en otro punto de vista antes mencionado, como personas que viajan a una larga eternidad; como rescatados por la libre gracia de Dios, en alguna medida, de nuestra esclavitud natural en Egipto, y marchando bajo la conducción de nuestro Josué espiritual, a través del desierto de este mundo, a la tierra de nuestra Canaán celestial. Reflexionemos más sobre cuán propensos somos a sobresaltarnos ante cada dificultad; gritar: "¡Hay leones! ¡Hay leones en el camino! Hay que luchar contra los hijos de Anak, antes de que podamos poseer la tierra prometida. Cuán propensos somos, con la esposa de Lot, a mirar hacia atrás con deseo a nuestra Sodoma espiritual, o, como los israelitas insensatos, a anhelar nuevamente las ollas de carne de Egipto; y volver a nuestro anterior estado natural de servidumbre y esclavitud. Consideren esto, hermanos míos, y vean qué bendito privilegio será tener un grupo de israelitas a nuestro alrededor, recordándonos siempre la locura de cualquier plan tan cobarde y la intolerable miseria en la que nos encontraremos si nos acercamos en lo más mínimo de la tierra prometida.

Más podría decirse sobre este particular, si los límites de un discurso de esta naturaleza no me obligaran a apresurarme,

3. Daré una tercera razón, mencionada por el sabio en el texto, por qué dos son mejores que uno; porque pueden protegerse mutuamente de los enemigos externos. "Y si uno prevaleciere contra él, dos le resistirán, y la cuerda de tres dobleces no se romperá pronto."

Hasta aquí hemos considerado las ventajas de las sociedades religiosas, como un gran preservativo para no caer (al menos peligrosamente caer) en el pecado y la tibieza, y eso también de nuestras propias corrupciones. Pero, ¿qué dice el hijo sabio de Sirac? "Hijo mío, cuando vayas a servir al Señor, prepara tu alma para la tentación", y eso no solo de los enemigos internos, sino externos; particularmente de esos dos grandes adversarios, el mundo y el diablo; porque apenas tu mirada se incline hacia el cielo, el primero la desviará inmediatamente hacia otro lado, diciéndote que no necesitas ser singular para ser religioso; para que seas cristiano sin desviarte tanto del camino común.

Tampoco faltará el diablo en sus astutas insinuaciones, o impías sugerencias, para distraerte o aterrorizarte de seguir adelante, "para que puedas echar mano de la corona de la vida".

Y si no puede prevalecer de esta manera, intentará de otra; y, a fin de hacer su tentación menos discernida, pero al mismo tiempo más exitosa, empleará, quizás, a algunos de tus parientes más cercanos, o a los amigos más poderosos, (como puso a Pedro sobre nuestro bendito Maestro) que siempre te estarán invitando a perdonarte a ti mismo; diciéndote que no necesitas sufrir tanto dolor; que no es tan difícil llegar al cielo como algunos lo harían, ni el camino tan angosto como otros lo imaginan.

Pero vea aquí la ventaja de la compañía religiosa; porque suponiendo que te encuentres así rodeado por todos lados, e incapaz de resistir tan horribles (aunque aparentemente amistosos) consejos, corre a tus compañeros, y ellos te enseñarán una mejor y más verdadera lección; ellos te dirán, que debes ser singular si quieres ser religioso; y que es tan imposible para un cristiano, como para una ciudad asentada sobre una colina, estar escondido; que si quieres ser casi cristiano (y tan bueno como no serlo en absoluto), puedes vivir de la misma manera ociosa e indiferente como ves que hace la mayoría de la gente, pero si quieres ser no sólo casi, sino completamente cristiano, te informarán que debes ir mucho más lejos, que no sólo debes buscar débilmente, sino "esforzarte fervientemente por entrar en la puerta estrecha", que ahora solo hay un camino al cielo como antes, incluso a través del paso angosto de una sana conversión, y que para llevar a cabo esta poderosa obra, debes someterte a una constante, pero necesaria disciplina de ayuno, vigilia y oración. Y, por lo tanto, la única razón por la que esos amigos te dan tal consejo es porque ellos mismos no están dispuestos a esforzarse mucho; o, como nuestro Salvador le dijo a Pedro en una ocasión similar, porque "no gustan las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres".

Esta es, pues, otra excelente bendición que surge de la sociedad religiosa, que los amigos puedan protegerse unos a otros de aquellos que se oponen a ellos. El diablo es plenamente consciente de esto, y por eso siempre ha hecho todo lo posible para suprimir y poner fin a la comunión de los santos. Este fue su gran artificio en la primera plantación del evangelio; perseguir a los que la profesan, para separarlos. Lo cual, aunque Dios, como siempre lo hará, anuló para mejor; sin embargo, muestra qué enemistad tiene contra los cristianos que se reúnen. Tampoco ha abandonado aún su vieja estratagema; siendo su manera habitual seducirnos por nosotros mismos, para tentarnos; donde, estando desprovistos de la ayuda mutua, espera llevarnos cautivos a su voluntad.

Pero, por el contrario, sabiendo que la sociedad fortalece su propio interés, primero nos persuadirá a que descuidemos la comunión de los santos, y luego nos pedirá que nos "pongamos en el camino de los pecadores", con la esperanza de ponernos en el asiento de los despreciables. Judas y Pedro son tristes ejemplos de esto. El primero apenas había dejado su compañía en la cena, pero salió y traicionó a su amo; y la lúgubre caída del segundo, cuando se aventuró a sí mismo entre una compañía de enemigos, nos muestra claramente lo que el diablo se esforzará por hacer que quedemos atrapados por nosotros mismos.

Si Pedro hubiera mantenido su propia compañía, podría haber mantenido su integridad; pero una sola cuerda, ¡ay! ¡Qué tan rápido se rompió! Nuestro bendito Salvador lo sabía muy bien, y por lo tanto es muy observable, que siempre enviaba a sus discípulos "de dos en dos".

Y ahora, después de tantas ventajas que se pueden cosechar de la sociedad religiosa, ¿no podemos clamar con justicia con el sabio de mi texto: "¡Ay del que está solo, porque cuando cae, no tiene otro que lo levante!" Cuando tiene frío, no tiene un amigo que lo caliente; cuando es asaltado, no tiene un segundo que lo ayude a resistir a su enemigo.

**3.** Llego ahora a mi tercer encabezado general, bajo el cual debían mostrarse los severos deberes que incumben a cada miembro de una sociedad religiosa, como tal, que son tres. 1. Reprensión mutua; 2. Exhortación mutua; 3. Asistirse y defenderse mutuamente.

1. Reprensión mutua. "Dos son mejor que uno; porque cuando caigan, el uno levantará a su compañero."

Ahora bien, la reprensión puede tomarse ya sea en un sentido más amplio, y entonces significa que levantamos a un hermano por los medios más suaves, cuando cae en pecado y error; o en una significación más restringida, como si no llegara más allá de los errores que inevitablemente suceden en los hombres más santos hombres que viven.

El sabio, en el texto, nos supone a todos sujetos a ambos: "Porque cuando ellos caen (lo que implica que cada uno de nosotros puede caer), el uno levantará a su prójimo". De donde podemos inferir que "cuando algún hermano es sorprendido en alguna falta, el que es espiritual (es decir, regenerado y conocedor de la corrupción y debilidad de la naturaleza humana) debe restaurarlo en el espíritu de mansedumbre". Y por qué debería hacerlo, el apóstol agrega una razón "considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado"; es decir, considerando tu propia fragilidad, para que no caigas tú también en semejante tentación.

Todos somos criaturas frágiles e inestables; y es meramente debido a la libre gracia y buena providencia de Dios que no caemos en el mismo exceso de escándalo con otros hombres. Cada hermano ofensor, por lo tanto, reclama nuestra piedad en lugar de nuestro resentimiento; y cada miembro debe esforzarse por ir adelante, así como también el más gentil, al restaurarlo a su estado anterior. Pero suponiendo que una persona no sea sorprendida, sino que caiga voluntariamente en un crimen; sin embargo, ¿quién eres tú que niegas el perdón a tu hermano ofensor? "El que está firme, mire que no caiga".

Hermanos, tomad a los santos apóstoles como ejemplos eminentes para que aprendáis cómo debéis comportaros en este asunto.



Considera cuán rápidamente unieron la mano derecha de compañerismo con Pedro, quien tan voluntariamente había negado a su Señor, porque encontramos a Juan y a él juntos pero dos días después, Juan 20:2. y ver. 19, lo encontramos reunido con el resto. Tan pronto perdonaron, tan pronto se asociaron con su hermano pecador pero arrepentido. "Vamos y hagamos lo mismo".

Pero hay otro tipo de reprensión que incumbe a todo miembro de una sociedad religiosa; es decir, una suave reprensión por algún fallo involuntario que, aunque en realidad no es pecaminoso, puede convertirse en ocasión de pecado. Este ciertamente parece un punto más fácil, pero quizás resulte más difícil que el primero, porque cuando una persona ha pecado realmente, no puede dejar de admitir que la reprensión de sus hermanos es justa; mientras que, cuando fue sólo por alguna pequeña mala conducta, el orgullo que está en nuestra naturaleza apenas nos permitirá soportarlo (soportarlo, tolerarlo).

Pero por ingrata que sea esta píldora para nuestro hermano, si tenemos alguna preocupación por su bienestar, debe ser administrada por una mano amiga u otra. Por todos los medios entonces que se aplique; solamente, como un médico hábil, dora la ingrata píldora, y esfuérate, si es posible, en engañar a tu hermano para que tenga salud y solidez. "Quítense de ella toda amargura, ira, malicia y maledicencia". Hazle saber al paciente que su recuperación es lo único que se pretende, y que no te complaces en entristecer a tu hermano sin causa; entonces no te faltará el éxito.

2. La exhortación mutua es el segundo deber que resulta de las palabras del texto. "De nuevo, si dos se acuestan juntos, entonces tienen calor".

Obsérvese que el sabio supone que es imposible que las personas religiosas se reúnan y no se calienten tanto en la compañía del otro como que dos personas se acuesten en la misma cama y, sin embargo, se congelen de frío. Pero ahora, ¿cómo es posible comunicar calor unos a otros, sin suscitar mutuamente el don de Dios que está en nosotros, por medio de la exhortación fraterna? Que cada miembro de una sociedad religiosa escriba, pues, el consejo de ese celoso apóstol en las tablas de su corazón; "Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca". Créanme, hermanos, tenemos necesidad de exhortación para despertar nuestras almas dormidas, para ponernos en guardia contra las tentaciones del mundo, de la carne y del diablo; para animarnos a renunciar a nosotros mismos, a tomar nuestras cruces, a seguir a nuestro bendito maestro, y a la gloriosa compañía de santos y mártires, "quienes por la fe pelearon la buena batalla, y nos han precedido para heredar las promesas".

Una tercera parte, pues, del tiempo en que se reúne una sociedad religiosa, parece necesario emplearla en este importante deber; porque ¿de qué sirve que nuestro entendimiento se ilumine con la lectura piadosa, a menos que nuestra voluntad esté al mismo tiempo inclinada e inflamada por la exhortación mutua, para ponerlo en práctica? Añade también que esta es la mejor manera tanto de recibir como de impartir luz, y el único medio de conservar y aumentar ese calor y fuego que cada persona trajo consigo primero; Dios ordenó esto, como todos los demás dones espirituales, que "al que tiene, es decir, mejora y comunica lo que tiene, le será dado; pero al que no tiene, o no mejora el calor que tiene, se le quitará hasta lo que parecía tener." Tan necesaria, tan esencialmente necesaria es la exhortación al bien de la sociedad.

3. En tercer lugar, el texto señala otro deber que incumbe a todo miembro de una sociedad religiosa, el de defenderse unos a otros de los que se les oponen. "Y si uno prevaleciere contra él, dos le resistirán; y la cuerda de tres dobleces no se rompe pronto."

Aquí el sabio da por sentado que las ofensas vendrán, más aun, que también pueden prevalecer. Y esto no es más de lo que nuestro bendito maestro nos ha dicho hace mucho tiempo. No es que haya algo en el cristianismo mismo que tenga la menor tendencia a suscitar o promover tales ofensas, no, al contrario, no respira más que unidad y amor. Pero así es, que, desde la sentencia fatal pronunciada por Dios, después de la caída de nuestros primeros padres, "Pondré enemistad entre tu simiente y la simiente suya"; el que nace según la carne, el pecador no regenerado e inconverso, en todas las épocas ha "perseguido al que nace según el espíritu", y así será siempre. En consecuencia, encontramos una prueba temprana dada de esto en el caso de Caín y Abel; de Ismael e Isaac; y de Jacob y Esaú, y, de hecho, toda la Biblia contiene poco más que una historia de la gran y continua oposición entre los hijos de este mundo y los hijos de Dios.

Los primeros cristianos fueron notables ejemplos de esto; y aunque esos tiempos difíciles, bendito sea Dios, ya han pasado, sin embargo, el apóstol lo ha establecido como regla general, y todos los que son sinceros prueban experimentalmente la verdad de ello; que "los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, deben (hasta el fin del mundo, en un grado u otro) sufrir persecución". Por tanto, para que esto no nos haga desertar de la causa de nuestro bendito maestro, todos los miembros deben unir sus fuerzas para oponerse a ella. Y para mejor efectuar esto, cada uno haría bien en comunicar de vez en cuando sus experiencias, agravios y tentaciones, y rogar a sus compañeros (pidiendo primero la ayuda de Dios, sin la cual todo es nada) que le administren reprensión, exhortación o consuelo, según lo requiera su caso, de modo que "si uno no puede prevalecer contra él, dos lo resistirán; y una cuerda de tres dobleces (mucho menos de muchos dobleces) no se romperá pronto."

4. Pero es hora de que pase a la cuarta cosa general propuesta, para sacar una inferencia o dos de lo que se ha dicho.

1. Y primero, si "dos son mejores que uno", y las ventajas de la sociedad religiosa son tantas y tan grandes; entonces es deber de todo verdadero cristiano poner en marcha, fundar y promover, en cuanto de él dependa, sociedades de esta naturaleza. Y creo que podemos aventurarnos a afirmar que, si alguna vez se revive en el mundo un espíritu de verdadero cristianismo, debe producirse por algún medio como este. Motivo, seguramente, no puede faltar, para incitarnos a la encomiable y necesaria empresa, porque, concediendo que todo lo avanzado hasta ahora no sea de fuerza, sin embargo, creo que la sola consideración, que gran parte de nuestra felicidad en el cielo consistirá en la Comunión de los Santos; o que el interés así como la piedad de aquellos que difieren de nosotros, es fortalecida y apoyada por nada más que sus frecuentes reuniones; cualquiera de estas consideraciones, digo, uno pensaría, debería inducirnos a hacer todo lo posible para copiar su buen ejemplo, y establecer una duradera y piadosa comunión de los santos en la tierra. Añádase a esto que encontramos el reino de las tinieblas establecido diariamente por medios similares; ¿y no se le opondrá el reino de Cristo? se reunirán los hijos de Belial y se fortalecerán unos a otros en la maldad; y, ¿no se unirán los hijos de Dios y se fortalecerán en la piedad? ¿Serán toleradas las sociedades sobre sociedades para las juergas de medianoche y la promoción del vicio, y apenas se encontrará una destinada a la propagación de la virtud? ¡Asómbrense, oh cielos, de esto!

2. Pero esto me lleva a una segunda inferencia; es decir, para advertir a las personas del gran peligro en que se encuentran aquellos que, ya sea por su suscripción, presencia o aprobación, promueven sociedades de una naturaleza completamente opuesta a la religión.

Y aquí no se entendería que me refiero solo a aquellas reuniones públicas que están diseñadas manifiestamente para nada más que jolgorios y banquetes, para reuniones y libertinaje, y en las que un pagano modesto se sonrojaría de estar presente; sino también esos entretenimientos y reuniones aparentemente inocentes, a los que la parte más educada del mundo es tan aficionada, y en los que pasan tanto tiempo, pero que, no obstante, alejan a muchas personas del sentido de la verdadera religión, como lo hace la intemperancia, el libertinaje, o cualquier otro delito que sea. De hecho, mientras estemos en este mundo, debemos tener la relajación adecuada, para prepararnos tanto para el negocio de nuestra profesión como para la religión. Pero entonces, para las personas que se llaman cristianas, que han hecho voto solemne en su bautismo, de renunciar a las vanidades de este mundo pecaminoso; que se les ordena en las Escrituras "abstenerse de toda especie de mal, y tener su encuentro en los cielos" para que tales personas apoyen reuniones, que (para no decir peor de ellas) son vanas y triviales, y tienen una tendencia natural a apartar nuestra mente de Dios es absurda, ridícula y pecaminosa. Seguramente dos no son mejores que uno en este caso, no; es de desear que no se encontrara a nadie involucrado en ello.

Cuanto antes dejemos de reunirnos de esa manera, mejor; y no importa lo rápido que se rompa la cuerda que sostiene a tales sociedades (si fuera mil veces).

Pero vosotros, hermanos, no habéis aprendido tanto a Cristo, sino que, por el contrario, como verdaderos discípulos de vuestro Señor y Maestro, con la bendición de Dios (como testimonia abundantemente la solemnidad de esta tarde), os habéis formado felizmente en tales sociedades, las cuales, si debidamente atendidos y mejorados, no pueden sino fortalecerlos en su guerra cristiana y "hacerlos fructíferos en toda buena palabra y obra".

Lo que me queda, sino, como se proponía, en primer lugar, cerrar lo dicho, en una o dos palabras, a modo de exhortación, y suplicaros, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que vayáis en el camino que has comenzado; y por una constante asistencia concienzuda a vuestras respectivas sociedades, para desacreditar el vicio, fomentar la virtud y edificaros unos a otros en el conocimiento y temor de Dios.

Permítanme solamente "despertar sus mentes puras, a manera de memoria," y exhortarles, "si hay algún consuelo en Cristo, alguna comunión del espíritu," una y otra vez a considerar, que como todos los cristianos en general, así todos los miembros de las sociedades religiosas en particular, son de una manera especial, como casas construidas sobre una colina; y que, por tanto, os concierne mucho andar con circunspección hacia los que están fuera, y cuidar de vosotros mismos, que vuestra conversación, en la vida común, sea como conviene a una profesión tan abierta y peculiar del evangelio de Cristo, sabiendo que los ojos de todos los hombres están sobre ti, para inspeccionar atentamente cada circunstancia de tu comportamiento, y que cada notorio fallo involuntario de cualquier miembro redundará, en alguna medida, en el escándalo y la deshonra de toda tu fraternidad.

Esforzaos, pues, amados hermanos míos, para que vuestra práctica corresponda a vuestra profesión, y no penséis que os bastará reclamar en el último día: Señor, ¿no nos hemos reunido en tu nombre, y nos hemos animado unos a otros, cantando salmos, himnos y cánticos espirituales? Porque de cierto os digo, a pesar de esto, nuestro bendito Señor os ordenará que os apartéis de él; es más, recibiréis una gran condenación, si en medio de estas grandes pretensiones, se os descubre que sois obradores de iniquidad.

Pero Dios no permita que tal mal os suceda; que nunca haya un Judas, un traidor, entre tan distinguidos seguidores de nuestro maestro común. No, por el contrario, la excelencia de su gobierno, la regularidad de sus reuniones, y más especialmente su piadoso celo en reunirse de manera tan pública y solemne con tanta frecuencia en el año, me persuaden a pensar que está dispuesto, no apenas para parecer, sino para ser en realidad cristianos; y espero ser hallados en el último día, lo que seríais estimados ahora, santos y sinceros discípulos de un Redentor crucificado.

¡Oh, que siempre continuéis pensando así! Y haz que sea tu esfuerzo diario y constante, tanto por precepto como por el ejemplo, convertir todas tus conversaciones, más especialmente las de tus propias sociedades, en el mismo espíritu y temperamento benditos. Así adornaréis el evangelio de nuestro Señor Jesucristo en todas las cosas, así anticiparéis la felicidad de un estado futuro; y al asistir y mejorar la comunión al permanecer en la tierra, sed aptos para uniros a la comunión y compañerismo de los espíritus de los hombres justos hechos perfectos, de los santos ángeles, más aun, del siempre bendito y eterno Dios en el cielo.

Que Dios de su infinita misericordia conceda por Jesucristo nuestro Señor; a quien con el Padre y el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios, sean atribuidos, como es muy debido, todo honor y alabanza, poder, majestad y dominio, ahora y por siempre. Amén.

[EstudiaLaPalabra.org](http://EstudiaLaPalabra.org)